



SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

| SUBSCRIPCIONES: | | |
|-----------------|---------|------------|
| España | 1 año | 7'50 ptas. |
| | 6 meses | 4 |
| Unión postal | 1 año | 10 |
| | 6 meses | 5'50 |

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción ó traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

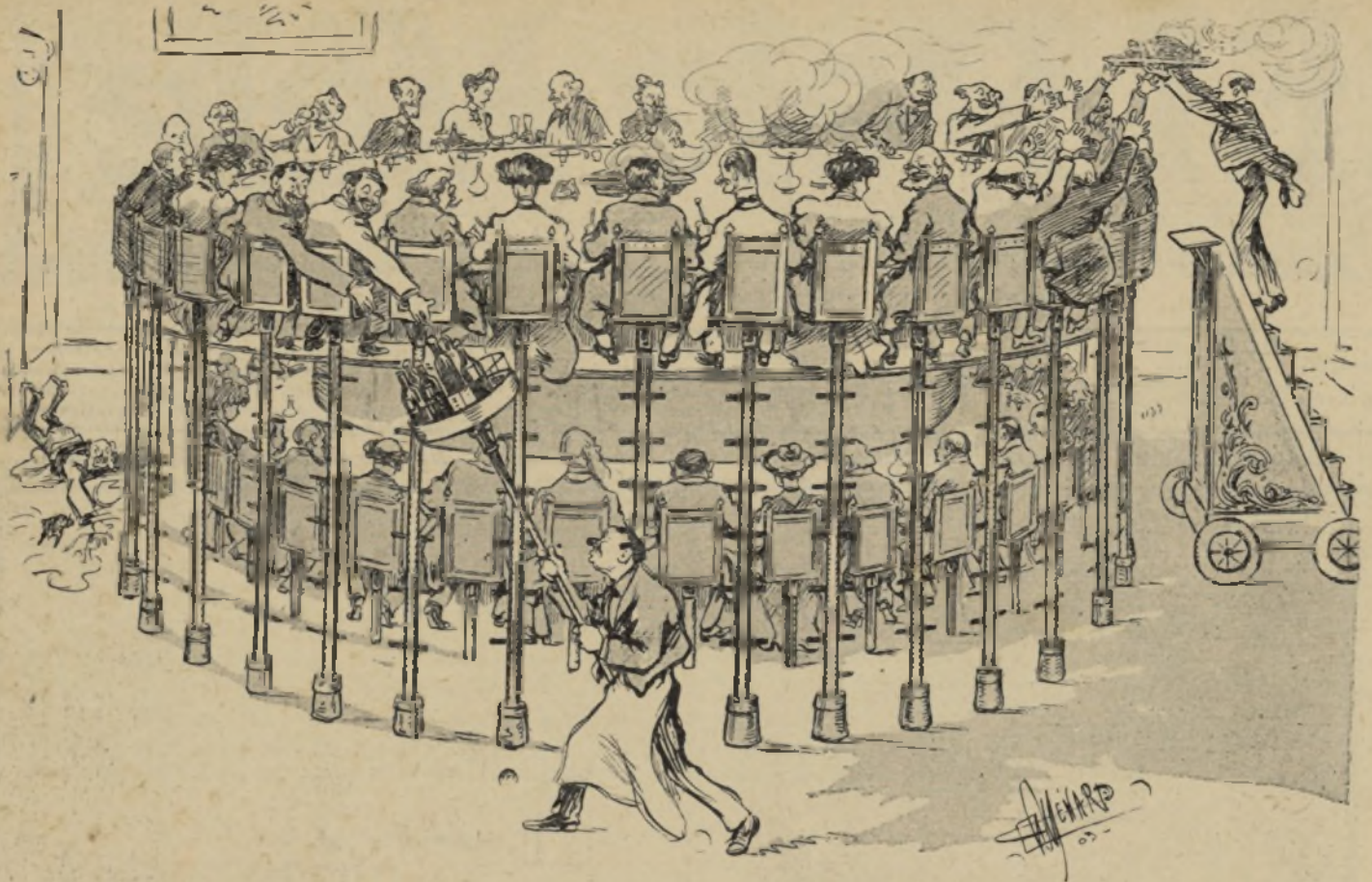
BIENOTECIA
MUNICIPAL
MADRID

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



— ¡Tú eres mejor recordman?
— Sí; yo te bato el record.

— ¡Si no eres siquiera clubman!
— ¡Pero te gano en el boz!



Gran invento para locales de reducidas dimensiones

Nuevo sistema de mesa, que permite instalar sesenta personas en una sala que no puede contener arriba de veinte.



El borracho y el barómetro

— Ya decía yo que me engañaban esos grandísimos embusteros... Para librarse de mí, me han dicho que eran las tres de la madrugada... como si yo fuese tan estúpido y no tuviese ojos para ver que sólo es la una...

— Hace un mes que le compré a usted este reloj, y ya no anda. ¿Por qué me aseguró usted que no se pararía, cuidándolo, en toda mi vida?

— Porque el día que lo compró usted estaba tan enfermo, que creí que se moriría antes de una semana.



— ¡Niñol... ¡a ver cómo sueltas la pipa del abuelo!... ¿quieres que te maree el humo?

dos obras colocadas á mi alcance, preguntándome con ansiedad qué autor escogería mi adusto examinador para que yo tradujese. Uno de los dos libros era *Virgilio* (¡oh dicha!), el otro *Cicerón* (¡horror!) Si daba la casualidad que eligiese el último, ¡adiós mi dinero! me había hundido. ¡Qué había de traducir yo á Cicerón! ¡Y no estaría mala catilinaria la que iba á soltarme aquel juez ingerto en ogro!

— ¡Vamos á ver, pasemos al latín!

No me atrevía á respirar.

— Tome usted á... *Cicerón*, página 24, capítulo II.

Y al tiempo que esto decía, el catedrático atrajo hacia sí, para seguir la traducción que iba á... hacer yo, un ejemplar del volumen, que en la mesa había por duplicado: el otro ejemplar tenía junto á mí.

Estaba perdido.

Pero en el mismo instante, un pensamiento súbito, una idea genial, atravesó iluminándolo mi cerebro.

Con extraordinario aplomo, sin que el profesor lo notase, cogí subrepticamente el *Cicerón* funesto, y lo deslicé en un bolsillo de mi levita.

— ¿Está usted dispuesto?... ¿qué hace usted?...

Por encima de sus antiparras, mirábanme interrogadores sus ojos, á la vez que yo, con el aire más inocentón del mundo, buscaba... buscaba á través de los libros depositados en la mesa.

— Si señor, sí, enseguida... pero no encuentro el *Cicerón*!

Un segundo, dos, tres, sus manos registraron por encima del tapete. Yo hacía como que le ayudaba solícito... abriendo y cerrando sucesivamente todos los volúmenes... «No es éste;... ¡éste tampoco!»

Impacientóse por fin.

— Dejémoslo — exclamó; — tome usted el *Virgilio*.

Y abriendo su ejemplar, añadió:

— *Virgilio*, página 367, *Enéida*, libro III...

¡Libro III! ¡oh fortuna! ¡me lo sabía de memoria!

Entonces, seguro de mí mismo, firme la voz, con efectos de entonación propios de hombre que comprende perfectamente lo que lee, pronuncié y traduje luego:

— *Ecce Priameira, virgo passis crinibus...*

«He aquí que la hija de Príamo, esparcidos los cabellos...»

¡Magnífico, magnífico!... ¡Qué éxito! No lo hubo mayor. Pese á su aire irascible, el profesor L... estaba emocionadísimo.

¡Que si fui aprobado! ¡Pues no que no!

Y me llevé el *Cicerón* como prenda de mi triunfo. ¡Qué dicha la mía!

Pero no pude tenerla completa. Imaginaba yo sacar un sobresaliente por todo lo alto, y sólo me concedieron «mención honorífica...» ¡Casi me puse furioso!

Y, ¡véase lo que es el corazón humano! ¿Por ventura merecía, en conjunto, otra cosa mi examen?

ESTEDAN JOLICLER.



— Di, papá; ¿por qué se dice siempre «buen apetito», y nunca «buena sed?»

— Por no decir palabras superfluas.



El ferrocarril aéreo

PRIMER CUERVO. — ¿A dónde irá ese rebaño?

SEGUNDO CUERVO. — ¿Adónde quieres que vaya? Al matadero.

Por la educación de las mujeres debe comenzarse la de los hombres. — *Say*.

—oo—

Tenía Gedeón una gran cántara llena de exquisito vino rancio, y la lacró y selló. No obstante estas precauciones, un criado de la casa taladró con arte el suelo de la cántara, y por el agujero sorbía copiosos tragos del añejo, volviéndolo enseguida á tapar con mucho esmero. Al cabo de algún tiempo, destapó Gedeón la cántara, y con sorpresa vió que había bajado extraordinariamente el nivel del vino. Volvióla á sellar, y el criado volvió á sangrarla. Al destapar segunda vez la cántara, encontróse Gedeón con la misma novedad que la vez primera.

Consultó el caso con un amigo, y éste le dijo:

— ¡Cuidado que algún mosquito, ó algún criado aficionado al vino no lo chupe por debajo!

— ¡Quia! — repuso Gedeón; — en todo caso lo deberán chupar por arriba, que es donde encuentro la falta.

Un viejo de ochenta años es condenado á treinta de presidio.

— Gracias, señor juez — dice sollozando.

— ¿Por qué?

— Porque veo el buen deseo de su señoría. ¡Quiere que viva hasta los ciento diez años!

—oo—

Un cacique de una tribu salvaje de Africa manifestó á uno de los misioneros que en aquellas regiones consagran su vida al servicio de Dios, que se hallaba dispuesto á abrazar el cristianismo, y por lo tanto deseaba bautizarse.

— No puedo hacerlo — le respondió el misionero, — teniendo como tienes doce mujeres.

Marchóse triste y afligido el salvaje. A los pocos días volvió á presentarse de nuevo diciéndole:

— Padre, ya puedo bautizarme.

— ¿Has dado libertad á tus doce mujeres?

— No, pero es igual; me las he comido.

—oo—

— ¿Sin camisa? — gritó furioso un coronel á un soldado al pasar la revista.

— Mi coronel; estaba muy sucia y la he vendido para comprar jabón con que lavarla.

—oo—

En una reunión se contaban varios chascarrillos propios de la vida de cada narrador.

Un militar había contado sus campañas.

Un viudo su luna de miel.

Un actor sus silbas.

— Vamos, ¿y usted no cuenta nada? — dijo la señora de la casa á un cesante que oía á todos con la más imperturbable calma.

— Señora — respondió por fin: — yo no tengo nada que contar... ni una peseta.

—oo—

— Yo vengo á bañarme para tomar carnes.

— Y yo para dejarlas.

— Entonces bañémonos juntos y así tomaré yo las que usted deje.



Entre maniqués

EL TERNO AL PARDESÚ. — ¿Has visto cómo acaba de romperse la pierna el frac de cien pesetas? Ahí tienes una buena plaza para cualquier aspirante. ¡Fortuna que á mí no me da por la intriga, porque sino, qué bello porvenir en lontananza!

DONDE LAS DAN LAS TOMAN

Espinilla y Panzón deambulaban en amor y compañía. El primero se encontraba (y esto le sucedía muy á menudo) en excelente disposición de tomar algo, cualquier cosa, esto era lo de menos, en la tentadora terraza de un café.

Panzón, á quien comunicó sus propósitos, asintió con el escaso entusiasmo del que ha de echar mano al bolsillo con mayor frecuencia de lo que buenamente quisiera. No obstante, contestó:



— Verás: á mí no me gusta meterme en esos cafetuchos que se ven por aquí. Cabalmente hay uno, no muy lejos, que es sin disputa el mejor de este barrio. ¿Vamos?

A pesar «de no estar muy lejos», tuvieron que andar algo más de un kilómetro antes no dieron con el suspirado café. Espinilla, sudando la gota gorda, jadeante, y más sediento que un odre, se echó al colete el bock ofrecido con mayor rapidez de la que



emplea el león de Nubia para sorber de una lengüetada el charco de agua á punto de evaporarse al sol. No había disminuído ni un ápice su sed, pero el placer de la venganza le comunicó fuerzas.

— Tengo que comprar algo en un estanco — dijo; — ¿quieres acompañarme?

Panzón había visto muchas veces á Espinilla saborear exquisitos cigarros cuya procedencia ignoraba; apresuróse, pues, á aceptar la oferta con la esperanza de chupar una de aquellas magníficas brevas, cuya fragancia le extasiaba.

— Mira lo que son las cosas — dijo Espinilla á su amigo mientras emprendían la marcha hacia el estanco; — tus procedimientos me han cautivado, y desde ahora estoy dispuesto á seguirlos; tienes mil veces razón en mostrarte exigente en la elección de los establecimientos que frecuentas, y te prometo que no he de irte en zaga. Vamos

al mejor estanco que conozco; verdad que está un poquito lejos; pero no le hace: ¡jea! ¡fuera pereza!

Y echaron á andar. Panzón aprovechó el rato para explanar sus teorías.

— No comprendo — dijo — cómo hay personas que retroceden ante una ligera fatiga, como es la de proveerse en una casa donde sirven bien, aunque esté lejos. Es preciso mostrarse más bien difícil en la elección; de otro modo, se acostumbra uno á tomar indolentemente las cosas, y por fin se llega al extremo de no advertir que nos sirven mal y nos roban impunemente.

Y Panzón, con gran verbosidad, continuaba dándole vueltas prolijamente al tema.

Y así iban, tragando camino; Espinilla midiéndolo con toda la longitud de sus largas piernas, y Panzón, grueso y corto, siguiéndole con toda la celeridad que le permitían sus zancuillas, sugestionado ante la





expectativa del cigarro de desconocida procedencia y de exquisito perfume.

A lo lejos empezó a dibujarse la silueta del escudo tradicional, emblema de todos los estancos.

«Quizá sea allí», imaginó Panzón; pero no tuvo valor de formular en voz alta su pensamiento, sofocado como estaba ya de seguir a su amigo, que con el compás de sus piernas a toda abertura, se llevaba las calles en tres zancadas.

Espinilla pasó por delante del estanco con aire soberanamente desdeñoso, y dió nuevo impulso a su carrera.

Panzón, jadeante, continuó zagueando sin chistar. Verdad que no hubiera podido decir esta boca es mía; pero, ¿de qué no es capaz la perspectiva de un cigarro de raro perfume y sabor exquisito?

Segundo estanco. Segunda ilusión del pobre zamborotudo, y segunda decepción: Espinilla no parecía sino que quisiere batirle el record al mismísimo Judio errante.

Por un momento creyó el infortunado Panzón terminado su suplicio. Espinilla se había detenido al fin; pero, de pronto, afectando el aire de una persona distraída que despierta súbitamente a la realidad:

—No—dijo en voz alta;—éste no es malo, pero tampoco de los mejores. Vamos al otro.

Y continuaron la marcha.

Ocioso sería narrar todas sus peripecias. Por fin se detuvo de nuevo Espinilla; pero esta vez formalmente, ante un estanco, en el que penetró eligiéndolo como término final de la descabellada carrera.

Panzón, sudando a más y mejor, disponíase a fruir deliciosamente la compensa-



ción anhelada. Animóse su mirada al ver cómo su amigo probaba repetidas veces el funcionamiento de la cuchillita donde se corta la punta de los cigarros, la cual guillotina tanto los de inferior calidad como los de suave y fragante aroma. Aguzó el oído y cazó al vuelo el siguiente diálogo:

—¿Qué se le ofrece a usted, caballero?

—Un sello de quince céntimos, señorita.

—¿Nada más?

—No, señorita; muchas gracias.

Espinilla volvióse rápidamente y dió de bruces con su amigo, que, turulado, apenas si acercaba a secarse el sudor.

—¿Eh, qué haces ahí?—gritóle;—¿estás echando raíces?

Panzón, con aire compungido, bajó la cabeza, comprendió su flagrante inferioridad, y, resignado, siguió al zancajado que tan dura lección acababa de darle.



—Papá, ¿no decías que las orejas servían para oír?

—Sí.

—Pues mira, a ese señor le sirven también para ver, porque si las orejas no le detuviesen el sombrero, seguro que le tapaba los ojos.



Derecho de propiedad

—¡Esta lámpara es mía!

—¿Qué ha de ser tuya! Trae acá.

—¡Hombre! ¡pues me gusta! ¿La he robado yo, y no será mía?

—¿Cuántos hijos tiene usted?—preguntaba un escribano a un labriego.

—Cinco, señor, y cinco que se han muerto, diez.

—¿Cómo se llamaban los muertos?

—Señor, en este lugar, a los muertos se les llama difuntos.

—¿Me soltó una bofetada terrible!

—Y lo cuentas con tal serenidad?

—Pero no me dará la segunda, te lo aseguro.

—¿Qué? ¿Le has matado?

—No, pero ha salido para América, y no piensa volver a España.

Una señora va por la calle con un hijo suyo de seis años.

Un pobre se acerca a pedir limosna.

—Señora, una limosna por Dios, que no tengo pan para llevar a la boca.

—Tome usted.

—¿Qué le ha dicho, mamá?—pregunta el niño.

—Que no tiene pan. ¿No te da lástima?

—No, mamá; a mí me gusta comerlo todo sin pan.

El que busca esposa hermosa, rica y noble, busca dueña en vez de compañera.

Chilón.

—¿Conque te vas? ¿Quieres variar de aires?

—Lo que quiero es variar de acreedores,

Entre amigos:

—Figúrate, Pepe, que he salido de casa sin dinero, teniendo que hacer varias compras...

Pepe se pone pálido.

—Pero acabo de encontrar a López, el cual me ha prestado quince duros.

Pepe se tranquiliza; pero el otro prosigue en estos términos:

—El caso es que necesito veinte duros y cuento contigo para el resto.

Marido de artista



— Cuando uno es joven, no reflexiona. Yo me enamoré de una artista, y me casé con ella, por más que ni mi oficio ni mis aficiones tuviesen nada de artístico.



— Mi mujer, consagrada por completo á su arte, no podía ocuparse para nada en las faenas y menesteres de casa. No tenía más remedio que hacerlo yo. Aquel trueque de papeles daba por resultado que los chicos no me guardaban respeto alguno.



— ¿Puede darse situación más estúpida que la mía? Mi esposa, embriagada de placer, recibía los aplausos del público, y éste nunca tenía una mirada para el marido de su ídolo. Esto me humillaba, me empequeñecía ante ella de un modo extraordinario.



— Y aún esto no era lo peor. Lo más sensible era que mi mujer, convencida de su superioridad, me la hacía sentir á menudo muy duramente; por lo cual determiné no continuar por más tiempo la lucha.



— Y volví á mi antiguo oficio. Vale más guardar la propia personalidad y brillar con propias luces, por débiles que sean, antes que permanecer eclipsado por los esplendores de una artista, por más que ésta sea nuestra mujer.



— Prueben este vinillo, amigas mías, á ver qué les parece.
 — ¿Es añejo?
 — ¡Ya lo creo!... Data de mi primera quiebra.

Dos oficiales de una misma peluquería, andaluces ambos, rivalizaban siempre sobre cuál exageraba más.

El día 22 de cierto mes, recibió uno de ellos una carta de Sevilla, fechada por equivocación el 23.

Enseñóla sonriendo á su compañero, y le dijo:

— ¿Qué te parece, paisano? Aquí tienes una carta de Sevilla; *la han escrito mañana y hoy* la he recibido yo.

— ¡Toma! — dijo el otro, que era malagueño — si viniera de Málaga, hubiera llegado ayer.

Desfilaba por las calles un entierro muy pomposo.

Y decía un espectador á su amigo:

— ¡Cáspita cuánto lujo! Lo que es á nosotros no nos llevarán con tanta pompa al cementerio: un coche de mala muerte, á lo más con dos caballos, y gracias.

— Eso — replicó el otro, — si no nos obligan á ir á pie.

— — —

La mujer es entre los alemanes alhaja doméstica, entre los españoles esclava, entre los italianos prisionera, en Francia señora y en Inglaterra reina. — *Feijóo.*

— ¿Ve usted qué decidora y qué alegre está doña Gertrudis, á pesar de sus ochenta y cinco años?

— Sí. Parece una colección de anécdotas encuadrada en pergamino.

— — —

Un vividor se hallaba con muchos camaradas y pocos dineros en Nochebuena.

Preguntáronle qué iba á hacer, y dijo él:

— Por Dios, que pienso comprar un mazo como los chiquillos y he de ir dando de puerta en puerta.

— Mejor sería — dijo otro, — que fuerais pidiendo de puerta en puerta.



EL RATA. — Maestro, dispense usted que me atreva á solicitar su preciosa colaboración para un atraquillo nocturno que estoy ideando y que nos podría reportar muy bien unos cien duros por barba... ¿Quiere usted molestarse en ver cómo me salgo yo del empeño?



EL RATA. — ¡Estoy asombrado! ¡qué honor... qué alto honor!... ha aceptado, él, el autor del célebre crimen de Puente-arenas y tantos otros golpes maestros. ¡Con tal que no le parezca ridícula mi manera de trabajar, y fastidiado no me abandone á lo mejor...!



— Perdone usted, maestro; me ha engañado el viejo con lo del pico... no llevaba encima más de cien pesetas. Tómelas usted... Tome también el traje y el abrigo... ¡siento en el alma este contratiempo! Pero, al menos, ¿consentirá usted que figure mi nombre al lado del suyo en los periódicos?

En un pueblo de Aragón vivía cierto sastre, casado con una mujer tan gruñona, que no le dejaba sosegar un solo instante, por cuya causa se hallaba siempre el pobre hombre en un completo infierno.

Una noche lluviosa del mes de Enero, en la que acababa de tener una pelotera mayúscula con su costilla, salióse de su casa tan ciego y desesperado, que tropezó y fué á caer en un inmenso lodazal.

Acertó á pasar por aquel sitio un vecino del paciente que habiéndole visto caer, y notando que no se movía, quiso ayudarle á levantar.

— Amigo mío — respondió el caído, — te suplico que me dejes, pues por mal que esté aquí, estaré mejor que en mi casa.

Estando en clase un escolar travieso y chistoso, pidió licencia á su maestro para salir.

Negósele éste con enfado; mas fingiendo el estudiante que no lo había oído, repitió la súplica.

Volvióle á decir aquél que no; pero entonces el estudiante salió y nadie lo detuvo.

Entró una hora después, y el maestro, encolerizado, le dijo:

— ¿Cómo se ha atrevido usted á salir sin mi permiso?

A lo cual respondió muy humildemente el discípulo:

— ¡He pedido la licencia dos veces; ambas me dijo que no, y como dos negaciones afirman, salí.

Hablábase una noche, en una tertulia, sobre la riqueza de las varias lenguas hoy vivas, y uno de los concurrentes dijo:

— Por mucha que sea la riqueza de los idiomas actuales, nunca llegará á la de las lenguas muertas, que son el fundamento y origen de las de hoy.

— Mucho he oído hablar de las lenguas muertas — replicó otro de ellos.

Y dirigiéndose al primero que había hablado, le dijo:

— Usted, que parece estar enterado de ello, ¿me podría decir quién las mató?

— oo —

— ¿Qué dirá usted que hice yo en cuanto llegué á París?

— Supongo que haría usted el oso.



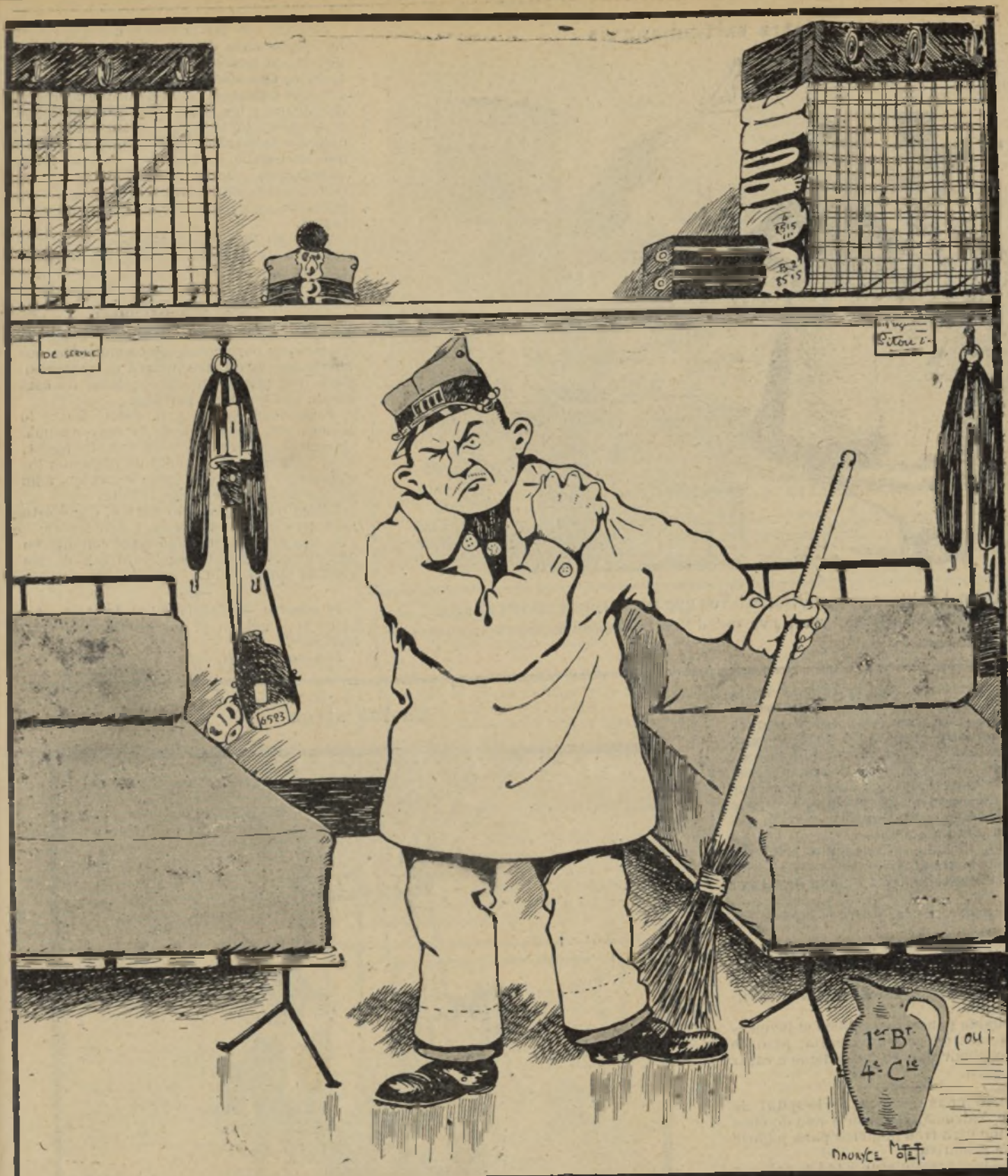
En casa del comerciante de monumentos fúnebres

— Es de un granito durísimo, señora; por lo demás, nunca hemos recibido queja de ningún cliente.



PRIMERA MOSCA. — ¿Lancémonos? Este skating resbala que da gusto. ¡Mira qué terso está!

SEGUNDA MOSCA. — ¡Eh, cuidado! Hay un cabello.



— ¡Voto á sanes! Cuando vine aquí, sabía que era para dar mi sangre por la patria; pero nunca hubiese creído que ese sacrificio debiera cumplirse por mediación de las chinches.

— Del infortunio el embate
Me tiene desesperado;
El día menos pensado
Voy á hacer un disparate.—
Tal dijo Blas, y á mi ver,
Su predicción se ha cumplido,
Pues que, según he sabido,
Se ha casado antes de ayer.

Liborio Porcel.

— ¡Ingrato! ¡Tanta indiferencia á los tres
meses de matrimonio, y jurabas amarme
hasta el último suspiro!

— Y he cumplido mi juramento; hace ocho
días que he dejado de suspirar para siempre.

Las mujeres aprenden con más facilidad
á sentir, que los hombres á pensar.

Walter Scott.

Para dar un mal consejo, más saben las
mujeres que los hombres. — Setanti.

— — —
Cara la mujer se advierte
Siempre, pues fué introducida
Por ella la muerte fuerte;
Ved, pues os cuesta la muerte,
Si es cara toda la vida.

F. de la Torre.

Entre saltimbanquis



— ¡Querubín tan travieso siempre! Veo que no pierde la afición al arte.

— En cuanto á eso, no; pero, ¿ve usted? es imposible hacerle soltar ese feo vicio de hurgarse las narices.

Iba á casarse un joven de talento con la viuda de un boticario. Ésta, mujer de dudosa hermosura, para restaurar y rejuvenecer su rostro el día de la boda, se puso en él la mitad de la botica, dando blancura á su frente, color de rosa á sus mejillas, de rubí á sus labios, de azabache á sus cejas, y de ébano á sus cabellos, de suerte que, mirada á cierta distancia, parecía una bellísima pintura andante.

Cuando, llegado el momento solemne, preguntó el cura al novio:

— ¿Quiere usted á doña Fulana de tal por esposa?

— No, padre, no la quiero — contestó el novio.

— Entonces — repuso el cura, con severidad — ¿por qué dijo usted antes que sí, y por qué ha permitido que llegasen las cosas al extremo de dar semejante escándalo?

— Yo había pensado — replicó el joven — y quería casarme con la boticaria; pero no puedo consentir que se me obligue á casar con la botica.

Visitando unas señoras el hospital de locos de Valencia, rogaron á uno de ellos que les indicara tres números para jugar á la lotería primitiva.

— ¿Qué números quieren ustedes, señoras mías — preguntó el loco, — los que han de salir ó los que se han de quedar dentro?

— Los que han de salir — contestaron las damas.

Entonces el loco escribió prontamente tres números en un papel de cigarro, se los presentó para que los recordaran, y doblando el papel se lo tragó, diciendo:

— Vuelvan ustedes pasado mañana, y pueden estar seguras que ya habrán salido estos tres números.

Hay pocas mujeres que den calabazas á los treinta años. — *Manuel del Palacio.*

Sabidas son las precauciones que toman los ciegos para ocultar el dinero. Uno que poseía quinientos reales, no fiándose de tenerlos escondidos en el miserable guardiellón que habitaba, bajó una noche al corral de la casa y los enterró al pie de un árbol. El exquisito tacto de que están dotados los ciegos le facilitaba poder encontrar el lugar que encerraba su tesoro. Un vecino de la misma casa, que por casualidad había bajado al patio, notó la acción del ciego, y, al retirarse éste, desenterró los quinientos reales.

¿Cuál no fué la desesperación del impedido al notar la falta! A fuerza de observar á todas las personas que en la casa vivían, por algunas palabras cayó en sospechas del ladrón: fué derecho á él y le dijo:

— Poseo mil reales y desearía esconderlos en un paraje seguro donde tengo ya quinientos; pero como somos mortales, desearía que usted presenciara la operación, para que alguno se aprovechara de esta suma, que quedaría perdida.

Alegróse el vecino, y le animó á que lo hiciera así, para atrapar la mayor suma. Quedaron convenidos para aquella noche, y el ladrón tuvo cuidado de depositar los quinientos reales que había sustraído, á fin de que no notara el ciego la falta.

Luego que llegaron al paraje, cogió éste su dinero recién enterrado, y dijo al otro:

— Amigo mío, convenga usted conmigo en que el ciego ha visto más claro que el que goza de buena vista.

— — —

El maestro. — ¿Sabría usted decirme, caballero, cuál es el fin de nuestra vida terrestre?

El alumno. — Sí, señor... el hospital.

En los aires



— ¡Oh, Pablo, me siento mal... muy mal!... ¡Por Dios!... déjeme usted sola!

Una señora acaba de sufrir un grave accidente en la calle. Los curiosos la rodean; un guardia municipal llega, y se dispone a prestarle sus auxilios, tratando de conducirla a una farmacia próxima. Busca con la vista quien le ayude en su empresa, y se fija en un caballero que fuma tranquilamente, con las manos en los bolsillos.

— Caballero — le dice, — ¿haría usted el favor de prestarme su concurso?

— Es inútil; á esa señora le deben quedar pocos momentos de vida.

— Sin embargo... yo necesito aprovecharlos para auxiliaria é identificar su persona.

— ¿Nada más que eso? Es muy fácil; es doña Juana de R...

— ¡Qué! ¿la conoce usted? ¿dónde vive?

— ¡Mucho! su habitación está en la calle de Tudesco...

— ¿Es amiga de usted?

El caballero, encendiendo con calma su cigarro, que se había apagado:

— Es mi suegra.

La ley de las compensaciones:

— Los que han perdido un sentido — decía uno — tienen otro más exquisito. Los ciegos, por ejemplo, tienen el tacto y el oído más fino que nosotros. Esa es la ley de las compensaciones.

A lo que contestó Gedeón:

— Estoy conforme con esa teoría, que nunca falla. Cuando uno tiene una pierna más corta, la otra es siempre más larga.

Entre amigos:

— Es muy difícil que una mujer haga feliz á un hombre.

— Te equivocas. Yo he encontrado una...

— ¿De veras?

— Sí, una con quien quería yo casarme y se casó con otro.

Una buena mujer á quien su marido, zafio aguador, estaba arrimando una paliza en la calle, alborotó el cotarro, acudiendo á los gritos un guardia de orden público, que de un empujón echó al aguador á rodar por la acera; y cuando se disponía á cogerle el garrote, exclamó furiosa la apaleada:

— ¡Oiga usted, só guindilla! ¿quién le mete en cuestiones de matrimonio? Mi marido me pega porque le da la gana y porque puede; ¿está usted?

Y le soltó una bofetada.



Un pintamonas práctico

— Como yo tengo establecido mi domicilio al aire libre, le he echado unas ruedas á mi baúl para facilitar de este modo el traslado de mi ajuar y los cachivaches de mi taller.

Estando un individuo bastante chato sentado en el café tomando el idem, estornudó. Un chusco que estaba inmediato le saludó diciéndole:

— Dios le conserve a usted la vista.

Chocóle al chato la frase y la sonrisa, y dijo al entrometido saludador:

— ¿Por qué ha dicho usted que Dios me conserve la vista?

— Porque en caso de acortársele, no podría usted usar anteojos.

Gedeón, que no tiene familia, pasó solo el día de Año Nuevo.

Al llegar la noche, llama á la puerta de su casa un amigo, y al verle aquél, le dice:

— ¡Cuánto me alegro de tu visita! Todos me han abandonado y no ha habido ni un imbécil que haya venido á verme. ¡Tú eres la única excepción!

Un reaccionario pronuncia un discurso en una Academia, comenzando del siguiente modo:

— En aquellos tiempos en que todavía se nacía honrado...

— Aún no había usted nacido — interrumpió uno del auditorio.

Entre marido y mujer:

— Fui un necio cuando me casé contigo.

— ¿De veras? ¿Y ahora no lo eres?

— ¡Ah, no! Nuestro matrimonio me ha hecho muy cuerdo y avisado.

— Pues debes estarme agradecido por el bien que te hecho.

Tres cosas hay de duración efímera: la amistad de los grandes, el sol de invierno y los juramentos de mujer.

Máxima Oriental.

Pasatiempos

(Las Soluciones en el número próximo.)

CHARADA

En su prima cuarta un TODO
Negro, á pesar de ser blanco,
Que así lo exige el oficio,
Una tres de una tres cuatro,
Dos ó tres veces al día
Entra de oculto, burlando
La singular vigilaneía
De los guardias del resguardo.

ADIVINANZA

De siete hermanas que somos,
Yo la primera nací,
Y la más pequeña soy:
¿Cómo podrá ser así?

Soluciones

À LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Soltura.

ADIVINANZA. — Sombra.

Imprenta de Henrich y C.^a en eta. — Barcelona



— ¡Otra vez llenos de manchas! Hoy no saldréis á paseo.
¡Siempre lavando y planchando Para esos dos mecosuelos!...



— Mira, Lina, yo te ayudo; Tú lavas; yo plancho luego; ¡Anda; no tenga la abuela Otra vez que reprendernos!

EL PÉLE-MÉLE

Es la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE
Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisenses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de carnes de matadero y modo de arreglar las aves y casa para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

84 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Russa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 600 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

Novelistas del Siglo XX

En el Concurso abierto por los Editores de esta Biblioteca, fueron premiadas las siguientes novelas:

Primer premio.

Pedro Mata.

Guarás el pan...

Segundo premio.

Mariano Turmo Baseiga.

Miguelón.

Tercer premio.

Rosael Pamplona Escudero.

Cuñat de Inválidos.

Recomendadas por el Jurado.

Ricardo Carreras.

Doña Abulia.

Gregorio Martínez Sierra.

La Humilde Verdad.

Magdalena Santiago Fuentes.

Emprendamos nueva vida.

José Segarra.

Vocación.

J. Menéndez Agusty.

Marín de Abreda.

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores

BARCELONA

LUSTRE NUBIAN
Se emplea sin Cevillo.
Aplicándolo una vez cada quince días revierte el calzado impermeable conservándole el brillo y el aspecto como si fuera nuevo. De Venta en todas partes. — Exijase el Nombre y la Marca. Paracalzado de color pidase la "YOUNG'S CREAM" C.ª NUBIAN, 126, Rue Lafayette, París.

No empleéis sino las **PLACAS JOUGLA** Y PAPELES

LOS MESES

TEXTO de los Sres. Alarcón, Campomar, Cánovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrari, Mañé y Flaquer, Nuñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Mas y Fontdevila, Meares, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NOVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA Precio del ejemplar, 80 ptas. Por suscripción, 6 pts. cuaderne. Henrich y C.ª, editoras. — Barcelona

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural.

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA